

nes, y especialmente de aquellos que son escritores o espíritus cultivados en cualquier otro arte, el conocimiento, el trato, el amor a ese idioma.

Con la traducción de *Narrativa catalana de hoy*, José Batlló, como ya he insinuado claramente, aporta un elemento muy provechoso, muy necesario, para que prosiga su marcha ese movimiento liberador que marca como inevitable la historia que vivimos.—FRANCISCO LUCIO (*Martínez Anido*, 37. TARRASA. Barcelona).

«ANTIFAZ», UNA NOVELA PARA LA POLEMICA

COMPLEMENTOS

Entre los jóvenes valores de nuestra narrativa actual, el nombre de José María Guelbenzu, desde la aparición de *El mercurio* (1968), su primera novela, es uno de los más conocidos y destacados. Difícil, muy difícil, es siempre abrirse camino con las armas que emplea Guelbenzu: juventud (generación que no ha vivido la guerra, experiencia vital limitada), intención especuladora (novela y lenguaje que no se someten a los cánones establecidos tradicionalmente, sino que están ahí al alcance del novelista para poder ser utilizados como estime oportuno), punto de vista ideológico nada convencional, ni en un sentido ni en otro (un nihilismo irónico, descreído; humor peculiar)... En fin, que Guelbenzu no es un novelista en el sentido tradicional del término. Y, sin embargo, Guelbenzu es capaz de enfrentarse al hecho literario y desplegar toda una teoría de recursos nada despreciables y siempre válidos y valiosos. No quiere decir esto, claro es, que hayamos de rendirnos incondicionalmente ante su prosa. Se hace bien patente la existencia de ciertas fisuras, ciertos desniveles que afectan al conjunto de su obra y a través de los cuales se resiente en cierta medida. No se trata de un escritor definitivamente conformado, desde luego; pero hora es ya de situarnos frente al hecho de la creación literaria con otra mentalidad, mentalidad abierta y totalizadora. Si seguimos solicitando, a cada libro que se publique, un escritor hecho, de una pieza, conformado hermética y totalmente, bastante flaco será el favor que le hagamos a nuestra literatura. Aceptemos sin reservas la única postura válida que queda a los escritores más jóvenes, más de vanguardia, para encarar su compromiso con la literatura: su inquietud buscado-

ra, la constante y hasta tozuda intención experimental. Que la obra puede no ser todo lo acabada y atildada que esperan nuestros críticos valoradores, bien. Pero no deja de ser cierto que, perdiendo el respeto a lo ya *hecho*, a lo definitivamente corroborado y aceptado como bueno, estamos dando al traste con las pretensiones de un esquema que no nos vale y abrimos brecha a un sinfín de posibilidades latentes en nuestra más inquieta literatura actual.

Por supuesto, no comparto con Guelbenzu todos y cada uno de los criterios que se patentizan a lo largo de su novela (1); pero es necesario que me haga cuestión de su obra, que plantee cuestiones en torno a su obra, porque sólo así—estoy convencido—abriremos algún rayo de esperanza en este rizar el rizo en que ha llegado a convertirse la novela española de posguerra. Justo es decir—y adelanto que este hecho no condiciona mi actitud frente a la novela, aunque contribuya a explicitarme muchos de sus conceptos—que la coincidencia generacional con Guelbenzu me lleva a penetrar con cierta comodidad, a sabiendas de ciertos y determinados condicionantes que la tipifican en su postura literaria y consecuentemente en su actitud humana. Como en el caso de Terenci Moix (2), no me parece totalmente ajeno, como elemento de valoración, como dato significativo, el que ambos escritores se hayan planteado seriamente una cuestión fundamental: el ser testigos críticos de sus condicionamientos ambientales (sociales, políticos, religiosos, familiares, personales). Tanto Guelbenzu como Moix, como muchos otros escritores de nuestra generación, han encontrado que algo falla, que su ser y estar aquí y ahora, viviendo unas ciertas y determinadas circunstancias, ha sido promovido por algo que excede sus límites lógicos, sus presupuestos de formación intelectual y humana. Cuando se deciden a escribir su infancia, sus juegos, sus relaciones con los mayores o con los de su misma edad, se hacen cruelmente presentes en sus obras. Y se cargan de un sadismo tan natural, tan sin ambages, que se convierte en el ingrediente más vivo de todas ellas. Bien es verdad, y esto se hace evidente en Guelbenzu en más de una ocasión, que una formación libresca, suministrada en dosis masivas ante las carencias intelectuales del medio, y ese tono descompuesto, desenfadado, casi *snob*, de su actuación cara al público; esa petulancia, a veces excesiva, de que hacen gala nuestros escritores más jóvenes condiciona un tratamiento especial hacia ellos, los sitúa en una especie de estamento social privado, en el que celebran reuni-

(1) JOSÉ M.^a GUELZENZU: *Antifaz*. Ed. Seix Barral. Nueva narrativa hispánica. Barcelona, 1970. 203 pp.

(2) Véase mi artículo «Entre lirismo y crueldad». Rev. *Fablas*. Las Palmas de Gran Canaria. Marzo-abril 1970.

dos esa glotona ceremonia de la destrucción de mitos, del hacer saltar tabús inservibles, del ampliar tercamente las fronteras de las formas y las estéticas preestablecidas. Constituida la casta el círculo se cierra y la literatura comienza a ser un juego, entre atractivo y explosivo, que los santones del cotarro administran a discreción.

Así las cosas, la aparición de uno de estos libros, de los que *Antifaz* supone una muestra característica, debe, en principio, movernos cautamente y cuidarnos mucho de no incidir en el papanatismo mimético que los tentáculos del consumismo se encargan de promover y contagiar; como tampoco parece ser postura muy oportuna el cerrar los ojos ante realidades que merecen una cierta consideración. Y de modo muy especial, cuando vivimos de un panorama editorial precario, cuando día a día estamos viviendo y padeciendo una inseguridad, una inestabilidad, un confusionismo evidente en el trasiego de las letras. Sé que pretender claridades en tales circunstancias es poco menos que imposible, máxime cuando el planteamiento formal e ideológico que mueve la creación literaria se instala en una órbita tan peculiar, extraña y difícil para el común de nuestros lectores. Hablar de ellos y plantear la más terrible de las limitaciones con que cuenta nuestro escritor hoy es todo uno. La rotunda afirmación de Guelbenzu: «En mi opinión, la función de la literatura (de creación, se entiende) es la de ensanchar la capacidad inteligente y sensible del hombre, de modo que éste pueda ganar terreno en la recuperación de su conciencia enajenada por la Historia» (3); choca una y otra vez con la otra cara de la moneda: un lector deformado a base de literatura consumista, alienante y soporífera. Una literatura de «lo mismo», en donde la *recuperación de la conciencia enajenada* se convierte en la más ingenua de las utopías. Lograr una conciliación de estos extremos me parece poco menos que imposible. Sin embargo, tomar la pluma día a día en nuestro afán de arrojar luz sobre las zonas que intuimos oscuras, esperamos que ha de servir alguna vez para algo. Mientras, esperemos.

SUJETO

En José María Guelbenzu se conjugan todos los elementos indispensables que lo hacen aparecer como el *enfant gaté* de nuestra generación. Comentarios he oído al respecto y sé que él no pondrá reparos a la denominación. Para quienes vivimos idéntica preocupa-

(3) *Cuadernos para el Diálogo*. «Los suplementos» núm. 19. Madrid, 1971.

ción, idéntica lucha constante por hacer algo en el espinoso terreno de las letras, se hace evidente y a veces hasta resulta penoso la fulgurante y rápida carrera de gentes como Guelbenzu. Nacido en Madrid en 1944, abandona los estudios de Derecho para dedicarse a la tarea literaria. Colaborador en diversas publicaciones periódicas, tiene en su haber tres libros: *Espectros de la casa antigua* (poemas), *El mercurio* y *Antifaz* (novelas). Pero ahí no queda todo: José María Guelbenzu ha logrado situarse en posiciones bien sólidas dentro de nuestro mundo literario. Es escritor citado, comentado, encuestado, solicitado, editado...; es, en fin, un joven escritor que tiene motivos más que sobrados para que le señalen desde las más distintas posturas, si bien con intenciones distintas también. José María Guelbenzu aparecería, vistas estas señales externas, como un frívolo jovenzuelo, juguetón y petulante; pretencioso, desde luego; mimado, evidentemente. Pero no creo que todo se resuma en esto. Me parece justo destacar en Guelbenzu una evidente facilidad para estructurar el relato, un despliegue de condiciones envidiable y sobre todo esa valentía para plantarse delante de la novela como hecho literario lánguido y abúlico y sacudirle las entrañas. ¿Originalidad? No creo que sea ésa la palabra. Pienso que si algo tienen que reconocer los detractores de este joven escritor es su briosa, su rabiosa toma de postura, desoyendo voces atractivas o consejos excitantes. José María Guelbenzu, más que pretender ser original (y hablo, naturalmente, en función de la obra literaria), lo que quiere, intenta y consigue en gran medida es plantearse el hecho literario como una búsqueda, como una investigación, como un labor paciente y penetrante. Lenguaje y estructura son los dos polos de máxima atracción en su trayectoria; a ellos se encamina y de ellos extrae sus múltiples posibilidades. Y lo que es más curioso: no espera resultados. Trabaja. Lo imagino conocedor de lo efímero de la «gloria literaria», atento únicamente a cumplir con su cometido («Es muy probable que la mayoría se irrite, pero muchos se divertirán a la vez. Yo quería probar de algún modo la posibilidad de construir una obra abierta. No sé si lo habré conseguido; pero creo importante para mí el abandono de la técnica en espiral y el haber logrado el control plenamente del desarrollo estructural de la narración») y a no dejarse poseer por la indolencia de lo ya hecho y definido, por la fácil monotonía de seguir la vieja canción. De ahí que su novela sea muchas cosas, que en todas ellas haya puntos que dilucidar, ámbitos de exploración que señalar, valores que se hace preciso anotar. ¿Que si es Guelbenzu un novelista hecho? Bueno, también es buscarle tres pies al gato; primero me tendría que cerciorar de qué sea eso de un novelista hecho. Todo escritor se está haciendo mientras puede y quiere.